

y adosada a aquél edificio la Exposición de muebles, repleta de valiosos trabajos y de encargos ya ejecutados, entre los que se encontraban unos gabinetes y alcobas para una boda, mobiliario completo para un palacio de Madrid, un despacho para el arquitecto señor Astizarán y otro para el de Urbina y otros muebles encargados por don Indalecio Herrero,

OTROS DESPERFECTOS

La fábrica contigua, de carpintería, de los señores Arrillaga y compañía, sufrió también algunos desperfectos y otro tanto otras fábricas de muebles cercanas, pues en caso de ocurrir la desgracia a media noche, hubiérase tenido que lamentar más,

La casa de los señores de Arruti, por un verdadero milagro, no quedó pasto de las llamas,

LOS EDIFICIOS ASEGURADOS

Por noticias fidedignas sabemos que el edificio de los señores de Arruti estaba asegurado en las Compañías Unión, Fénix y Aurora, y la fábrica de Arrillaga y Compañía en Unión, Fénix Español y Covadonga,

NOTA FINAL

Un vecino ha entregado una cartera con billetes de Banco, que halló en las cercanías del edificio siniestrado.

No nos fué posible dar ayer más detalles del suceso, dada la hora avanzada en que comunicábamos la noticia,

Hoy hemos hablado con los señores de Arruti, quienes están muy agradecidos de todo el vecindario que desde los primeros momentos trabajó insansable en la extinción y en cuanto a los obreros, están dispuestos a sostener a todo el personal,

Parece que la idea de abrir una suscripción ha tenido feliz acogida, Don Gregorio Goicoechea, conocido fabricante de Rentería, ha donado 50 pesetas y hay otros varios donantes,

La desgracia ha causado un general sentimiento en la villa en donde tanto se les estima a los propietarios,

LAS MODISTAS

El viernes festejaron nuestras modistas lo mejor posible el día de Santa Lucía; vi-

mos aquí a muchas modistillas forasteras dando una nota simpática al pueblo, pues ofrecían un variado surtido de muestrarios, sus vestidos "chic".

Bien por las agujistas, y si el tiempo no les acompañó, no faltó en ellas la alegría peculiar.

RELIGIOSAS

Viene teniendo lugar estos días un novenario en la Parroquia, dedicado a la Purísima, llamando la atención el notable coro de las Hijas de María que cantan primorosamente varios motetes. Hoy se terminará con un elocuente sermón,

PIPE KALE,

La Juventud Antoniana de Zarauz vista por un forastero

Era un día de verano, de ese verano pasado, que bañó con luz purísima tantas cabezas y calentó tantos cascos y propinó tantas palizas, cuando en plan de turista, acerté a ir a Zarauz. Pueblo bonitísimo y encantador, tanto por su inmejorable posición topográfica, como por sus alegres y hermosos paseos, y por sus numerosos y artísticos palacios, y por sus floridos y vistosos jardines y por su inmensa y bellísima playa: pero mucho más bello todavía por sus buenos, nobles y piadosos habitantes. Porque Zarauz es ante todo pueblo religioso.

Espaciando la vista acá y allá, caminaba tranquilamente hacia la calle Mayor, cuando de pronto me llamó poderosamente la atención un esbelto, elegante y majestuoso edificio, que a su entrada, como una joya de arte, está clavado. No hay duda, ese elegante y esbelto edificio da a la entrada de Zarauz, por la parte de San Sebastián, un aire de grandiosidad. A la somera, que sus salientes

aferos proyectaban, corrían veloces de una a otra parte un grupo de rapazuelos de ocho a doce primaveras.

¡Oye, tú, moético, ven acá!

¡Qué edificio es éste!, le pregunté, al mismo tiempo que le apuntaba.

¡Ahí!, y dice: es la Juventud Antoniana, nuestra casa.

¡Bueno!, y ¿para qué sirve?

Venga V. conmigo, dice el rapazuelo, con aire de triunfo. Pase usted por esa puerta y ahí le dirán a usted todo lo que desea saber.

¡Muchas gracias! Toma esta propina.

Entré cautelosamente, y nada más que llegar a su segunda puerta, me encontré con un religioso franciscano de un mirar bondadoso y penetrante y de aspecto distinguido y noble.

El dueño!, le pregunto.

Observe que se le asoma una sonrisa dulce y muy franciscana a sus labios y dice: no, señor, soy uno de los profesores, para servir a V.

¡Muchas gracias, Padre!

ANIBAL.

(Continuará).

La Juventud Antoniana de Zarauz vista por un forastero

Y para justificar de alguna manera mi presencia en aquel lugar, y animado por el aire bondadoso y simpático del P. Franciscano, confeséle mi debilidad: — ¡Padre! — Me vé usted aquí, atraído por la fuerza irresistible de la grandiosidad y esbeltez del edificio, y por la curiosidad, sin ser mujer, de saber a punto fijo, para qué sirve este suntuoso y elegante edificio.

¡Muy bien! El señor será complacido. Pero, primero, haga usted el favor de tomar asiento....

Pues bien, esta casa, dice el buen religioso, sirve para todo lo bueno que uno puede imaginar.

En esta casa, que bien se la puede llamar «La casa del pueblo», se forma intelectual y moralmente la mayor parte de la juventud de Zarauz.

En ella funcionan, con toda normalidad y aplauso el pueblo, las clases graduadas con un centenar de muchachos, los hombres de mañana, regentadas por tres religiosos franciscanos.

En ella se cursa el comercio libre, la mecanografía, etc.

En ella aprenden, los jóvenes que lo desean, los ramos de carpintería y talla; los de dibujo y modelado y el francés; esta parte está a cargo de tres señores de la Juventud Antoniana.

En ella está establecido el «roperificio de San Antonio», que consiste en confeccionar ropas, para repartirlas al año una, o dos veces, entre los pobres del pueblo.

En ella se ejercitan diariamente amorosos actos de caridad, dando al que no tiene; porque es gran verdad, para que el amor de Dios entre franca y plenamente en el corazón del hombre, es preciso primero calmar los lamentos del estómago, matando el hambre.

Esto me hace recordar un episodio, ocurrido, no ha mucho, en un tren de los Ferrocarriles Vascongados en el trayecto de San Sebastián a Zarauz.

Viajaban en un coche de tercera los buenos señores y un P. franciscano, y un poco más adelante dos sujetos, al parecer, obreros. De pronto, esos dos sujetos perdieron la cabeza, sin duda, azuzados por el hambre, y comenzaron a soltar sus lenguas contra todo lo bueno que hay.

Uno de aquellos dos señores, que viajaba con el P. franciscano, no pudo apechugar, ni aguantar aquellas